

# LA VIDA EN LA LÍNEA 2

Son las 12 del mediodía Fermín comienza su jornada de trabajo. Se dirige a la cabecera de ruta del autobús de la línea 2 -Reina Victoria a Manuel Becerra-. Deja su cuaderno de notas sobre el banco de la marquesina, se pone su gorra, se coloca al volante y abre la puerta a los viajeros.

Hace un bonito día de otoño. Las nubes pasan con velocidad sobre la ciudad y dejan que los rayos del sol iluminen y calienten la parada del 2 que acaba de abandonar Fermín.

A pesar de la carrera, Alberto no llega a tiempo. El autobús está a menos de quince metros de la parada, pero sabe que no le abrirán las puertas. Exhausto, se sienta en el banco, a esperar el siguiente. Cuando parece que ya está recuperando el aliento, descubre un manoseado cuaderno azul en el otro extremo del banco sobre el que está sentado. Lo abre. Todas las páginas están en blanco. Busca su bolígrafo y comienza a escribir:

"Hoy por cuarta vez consecutiva he perdido el autobús. No consigo calcular bien el tiempo que necesito para llegar a los sitios. Tengo que buscar una solución. ¿Qué podría hacer para no llegar tarde?..."

Se queda pensativo leyendo lo que acaba de escribir, y tras dudar que hacer con el cuaderno, decide dejarlo en el mismo lugar donde lo encontró. Tras esperar algunos minutos, se levanta y dirige sus pasos hacia una amplia plaza congestionada de tráfico.

Al poco rato Rosa, llega como siempre demasiado pronto a la cita con su novio. Van a comer juntos con unos amigos. Mientras espera mira a un lado, mira al otro y descubre el cuaderno azul. Lo abre y lee las líneas escritas. Le llama la atención aquella petición de ayuda y sin dudarlo un momento se pone a escribir:

"Alberto, aunque no te conozco, yo te aconsejaría que pusieras el despertador con la hora canaria, así nunca llegarías tarde. Yo, en cambio, me angustio por el desorden permanente que voy dejando a mi alrededor. ¿Cuál sería el truco para ordenar de forma constante todas mis cosas?"

En ese momento llegó el autobús y Rosa se marcha hacia la Plaza de Manuel Becerra.

Doña Concha llega a la parada con un caminar lento y pesado y se sienta sobre el cuaderno azul.

- ¡Huy!, sobre que me he sentado, dijo doña Concha

Vio el cuaderno y lo abrió por el mensaje que había dejado Rosa.

"Querida Rosa: yo todas las noches ordeno mi cabeza y luego los papeles y los guardo en archivadores. Mi problema es que vivo en un primer piso y me molestan los ruidos que hacen vecinos de encima. Y la no sé que hacer.

Al llegar el autobús se incorporó lentamente y se perdió en la ciudad.

Instantes después llega Romeo a la parada. Como siempre pensando en Lucia su novia.

Al ver el cuaderno, lo abre y lee lo que había escrito Doña Concha.

"Mire doña Concha, a mi, antes me ocurría lo mismo, hasta que un día puse mi música más alta que ellos, y después de unos días se cansaron y ahora vivimos sin molestarnos. Sin embargo yo estoy angustiado. Mi novia no me hace caso ¿Cómo podría conseguir que me prestara más atención?". Romeo fue el segundo en subir al autobús, apenas le dio tiempo a cerrar el cuaderno y dejarlo sobre el banco.

Gambino, un hombre algo inquieto, llegó a la parada mirando a todos los lados como si sospechase que le estaban espiando. Llevaba su mano izquierda dentro del bolsillo de la chaqueta como si sujetase algo que no quería perder. Al ver el cuaderno exclamó

-¿Este cuaderno no tiene dueño?

Lo abrió y comenzó a leer lo que había escrito Romeo. Se sonrió y parecía que aquellas palabras le habían hecho recordar aquellos años en los que había sido todo un Don Juan. Buscó un bolígrafo y escribió:

"Lo que tienes que hacer es ser tu mismo y aprender de tus errores. Mucha gente se cree que yendo de chulito se consigue a una chica y tarde o temprano lo notan y te dejan plantado. Y eso es lo que yo quiero hacer con mi afición. Yo era carterista, pero me di cuenta de mi error y ahora quiero devolver todas las carteras que aún guardo. Sin el dinero, claro, porque no me queda ni un chavo. Pero la documentación, las fotos de familia, incluso las tarjetas...para que las quiero ya. ¿Cómo podría dar yo con toda esta gente?".

A Gambino no le gustaba estar mucho tiempo en el mismo lugar, eran manías que le quedaban de sus tiempos de la "profesión". Cerró el cuaderno y se puso a caminar sin rumbo fijo.

Poco después llega a la parada Francisco un señor que avanza con dificultad en su silla de ruedas. Ve el cuaderno azul y contesta el último mensaje escrito.

"Yo, Gambino, no quiero meterme donde no me llaman, pero creo que no estaba bien a lo que te dedicabas, pero se me ocurre que si quieres devolver las carteras robadas solo tienes que dárselas al conductor y decirle que las entregue en cualquier comisaria. Él lo comprenderá.

Yo que me muevo por la ciudad en silla de ruedas tengo auténtico pánico a los agujeros y las obras que cada día se abren por todas las aceras, en alguna ocasión he estado a punto de ir al suelo. Las obras no las podrían hacer por donde pasan los coches y así no molestar a los peatones y a las personas minusválidas como yo?”.

El conductor del autobús al ver a Francisco, inclinó la plataforma del vehículo, se bajó y le ayudó a subir.

Más tarde llegó Guillermo un chaval de 13 años que vuelve del colegio. Al ver el cuaderno, lo abre y lee la pregunta de Francisco. Se queda pensativo unos segundos y comienza a escribir:

“Yo como soy un chaval no se mucho de esto, pero te digo que he estado casi tres meses con unas muletas y aunque no se parece a tu problema a mi también me molestaban los agujeros y las obras y lo que hacía era andar mirando al suelo y esquivaba los obstáculos siempre que podía. Espero que te sirva de consejo. Yo en cambio tengo un problema que tu a lo mejor no entiendes, pero a mi me angustia bastante. Apenas veo a mis padres, se tiran todo el día trabajando y trabajando. Parece como si ni les conociera, sólo les veo los fines de semana. ¿Qué debería hacer?”.

Al llegar el autobús se montó rápidamente y se alejó del cuaderno azul, donde había dejado aquel interrogante. Un poco más tarde llega Bartolo, un músico que toca el contrabajo, al ver el libro se extraña y lee lo que había escrito Guillermo. Hace un gesto de añoranza y sonrío al recordar que de pequeño le había ocurrido lo mismo.

“Mira Guillermo, a mi de pequeño también me pasaba lo mismo hasta que un día me cansé y decidí esperarles despierto hasta que llegaron. Me echaron la mayor bronca de mi vida. Pero luego cuando me dejaron hablar, les dije: si es que ni os conozco, por favor llegad antes, yo quiero jugar más con vosotros. Desde entonces llegaron más pronto. Sin embargo ahora que soy mayor no doy con la solución a otro problema que me agobia. ¿Cómo podría transportar mi contrabajo con comodidad? Es tan grande y cuando llego a la sala de conciertos estoy agotado”.

Como no llega el autobús decide parar un taxi para llegar puntual al concierto.

Más tarde llega Petri, una empleada de Correos, que al ver el cuaderno piensa:

-Que bien por fin un documento que no es mío y lo puedo abrir.

Lo abre, y al leer la pregunta de Bartolo le viene a la cabeza una idea: “Bartolo, aunque es una idea un poco descabellada a lo mejor te puede servir, yo llevo todos los días mi carrito a todas partes, entonces te sugiero que pongas ruedas y asa a la funda de tu contrabajo. Mi problema en cambio es que tengo que repartir demasiadas cartas en muy poco tiempo y encima

los de Correos no me quieren dar una moto. ¿ Qué podría hacer para repartir todas estas cartas, en el poco tiempo que tengo?”.

Estaba ella sola en la parada. Terminó de poner la interrogación y en un abrir y cerrar de ojos se perdió en el tráfico de la ciudad.

Hernán, vio a lo lejos el autobús y comenzó a correr, pero a pesar del esfuerzo llegó tarde. Agotado se sentó en el banco y se fijó en el cuaderno. Lo miró durante unos instantes y leyó lo que había escrito Petri. Pensó en como podía darle una respuesta y de pronto recordó que en su país los carteros repartían a caballo el correo por los pueblos.

“Petri, en mi país los carteros cabalgan durante toda la mañana varios kilómetros para repartir la correspondencia. Se me ocurre que te presentes en tu oficina con un caballo y así tus jefes se convencerán de que necesitas un medio de transporte para repartir tanto correo. Yo también aprovecho este cuaderno para contar que necesito urgentemente un trabajo. Yo soy experto en hacer que las cosas rueden. ¿Quién podría necesitar un movedor de objetos?”.

Hernán, que no se podía estar quieto mucho tiempo en un mismo lugar, al ver que seguía sin llegar el autobús, comenzó a caminar y se perdió entre las calles estrechas de la ciudad.

Florencia llegó con un caminar lento y pesado. Venía sin prisa del hospital. Estaba en su séptimo mes de embarazo. Se sentó aliviada en el banco y al ver el cuaderno lo cogió entre sus manos, pensando encontrar algún dibujo infantil. Pero al leer la pregunta de Hernán se quedó desconcertada. “Ufff!, dijo Florencia, la verdad es que en esta situación yo necesitaría poner ruedas a todo, al sofá, a la bañera, a las sillas... bueno creo que con este peso que llevo encima, yo misma me tendría que poner ruedas para ir de un lado a otro. Pero no unas ruedas como las del autobús que ni tienen amortiguadores inestabilidad. Porque mi problema durante todo este embarazo es que cuando monto en el autobús y pilla un bache los dos bebés que llevo dentro se me suben hasta la coronilla. ¿Podrían los fabricantes de autobuses, y las empresas que los comprar, pensar más en las embarazadas?”.

El autobús frenó con brusquedad, abrió las puertas y al ver que Florencia no subía el conductor le preguntó:

- ¿Señora, va a subir?

- No gracias, creo que no lleva bien los amortiguadores, mejor cojo un taxi.

Miguel llegó a la parada cuando ya estaba desierta, apoyó su bicicleta de carreras pinchada en la mampara de cristal de la parada y cuando se fue a sentar se fijó en el cuaderno. Lo abrió y leyó las últimas líneas.

Si señora, estoy de acuerdo, y creo que deberían hacer vehículos especiales para embarazadas y para mujeres con recién nacidos. Autobuses

con cómodos sofás y cunas para los bebés, bueno con todas las comodidades. ¿ No dicen que en este país nacen pocos niños?, pues si encima no les cuidamos, haber quién es el guapo o la guapa que se atreve a tener un niño. Yo también estoy enfadado con los autobuses, porque parece que además de estar en contra de las embarazadas, nos tienen manía a los deportistas, y en concreto a los ciclistas. Cada vez que tengo que coger el autobús me veo obligado a desmontar la bici en mil partes y a veces ni así, me dejan subir. Y lo peor es que con tantas piezas no se que hacer para que no se me pierdan ¿Dónde podría encontrar una bolsa especial con asas para bicicletas desmontadas?”.

Cuando el autobús llegó a la parada el conductor le dijo que las ordenanzas prohibían subir bicicletas. Miguel, resignado, cargó al hombro su bicicleta y se dirigió a su destino.

Aún se podía ver a Miguel con la bici a cuestas, cuando llegó a la parada Carlos, iba a dejar sobre el banco su carpeta con los apuntes de enfermería, cuando se fijó en aquel cuaderno. Lo cogió y comenzó a leer por el final.

“Y yo que creía que era el único que tenía problemas. Pues mira Miguel no tengo ni idea, pero se me ocurre que te compres un patinete, que para eso si se que hay bolsas y además son muy apañaditas y baratas. Yo llevo dos años estudiando enfermería, en realidad por deseo de mi familia, porque yo no soporto la sangre, cada vez que tenemos prácticas y tenemos que ver algún accidentado, me tienen que atender antes a mí que al paciente. El profesor, como conoce a mi padre, que también es médico, ya me ha prohibido asistir a las clases prácticas. Y yo ahora tengo un problema no se que será más fácil si superar la fobia que tengo a la sangre o convencer a mi familia de que lo mío no es la enfermería”.

Terminó de escribir la última palabra y de un salto se plantó en el centro de la plataforma del autobús, que partió a toda velocidad.

Al poco rato llegó a la parada Jamie, un joven pelirrojo con aire de despistado, dejó su mochila junto al banco y en ese momento descubrió el cuaderno. Con curiosidad comenzó a hojearlo desde el principio, despacio, pero aparentemente sin detenerse a leer aquellos párrafos que llenaban varias hojas. Cuando llegó al final, volvió a comenzar de nuevo. Jamie repitió esta operación un par de veces más. Dejó pasar el autobús que acababa de llegar a la parada, sacó un bolígrafo y comenzó a escribir:

“I need to learn Spanish. I must learn Spanish. I must know Spanish in a short time, because I want to know these Spanish custom of writing messages in a notebook which is at the bus stop”.

Jamie dejó el cuaderno en el banco y saltó al autobús.

Era el ultimo trayecto que realizaba por ese día Fermín. Antes de arrancar bajo de su asiento y se acercó a recoger el cuaderno azul. Ya le

faltaba muy poco tiempo para llegar a su casa, donde su hija le estaba esperando para que le contase como es la gente.

Fermín acompañó al dormitorio a la niña, se sentó a los pies de la cama, abrió un cuaderno azul y comenzó a leer:

"A pesar de la carrera, Alberto no llega a tiempo...."

**Ernesto Berenjano Correa. 11 años.  
Madrid**